



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9818

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 pes.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

VIERNES 27 DE JULIO DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—C. Responsables en Madrid, A. Lorente, rue. Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en harramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, letones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crooks, bombas, bombitas, fuelles para azafrair, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetonas en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillones, bancos, mesillas y mecedoras, amacaes, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42.

La novia de Juan José.

¿Palabras de amor?...
¿Se las lleva el viento!

I

La mayoría de los quintos marchaban á paso tardío, volviendo la cabeza hacia la aldea compuesta de unas cuantas casitas de paredes terrosas y rojizas techumbres.

El sargento, el arma al brazo y en la boca un formidable cigarro de quince céntimos, marchaba al frente del pelotón, con paso marcial y gesto melancólico. Hacía cargo de las circunstancias y no volvía la cabeza hacia sus subordinados porque indudablemente en los ojos de estos había nubes de llanto.

¡La guerra!... ¡Que palabra más hueca y más terrible! Como resaca á lágrimas en las casas de los pobres! Les arrebató los hijos y se los lleva muy lejos. ¡Dios sabe dónde á sufrir los rigores ordenancistas de una porción de jefes ó al campo de batalla á morir por la patria.

Por última vez el pelotón de reclutas miró hacia su pueblo, á aquel conjunto de casitas con techumbres

rojizas. El sol las iluminaba con viva luz. Y no obstante los mozos creyeron que descendía, sobre los hogares que abandonaban, un crepón negro... Era su propia tristeza la que les hacía ver todo oscuro, triston, que no en balde se marcha á lo desconocido, dejando atrás madres, hermanas y novias.

¡Muchachos apresurad el paso antes de que la noche se nos eche encima!—gritó el sargento al volver la cabeza y ver que todos permanecían parados y con sombrero en la mano delante de una tosca cruz de piedra que se alzaba en el centro de la encrucijada.

A la voz de mando obedecieron los quintos sin rechistar: únicamente uno de los mozos dijo á sus compañeros:

—Me quedo aquí un momento, enseguida os alcanzaré.

—¿Te quedas, Juan José?—le preguntó uno.

—Sí, para despedirme de Mari... Allí viene.

Y señaló á una muchacha que á todo correr bajaba por uno de los senderos que morían en la encrucijada.

Alejóse el pelotón y, á los pocos momentos, delante de la cruz se encontraron el recluta y Mari su amada.

No se hablaron. Cayeron uno en brazos del otro.

.....

—Adiós, Mari mía, adiós!... ¡Me marchó! ¿Me esperarás?

—¡Toda la vida, Juan José... Y tú ¿me olvidarás?

—¡Nunca!

—¡Júramelo!

¡Por esta cruz santa! (y el mozo trazó con sus dedos sobre la cruz de piedra otra imaginaria que besó fervorosamente.)

Juan José se alejó de su novia á paso rápido. Quedóse la muchacha inmóvil delante de la cruz hasta que allí á lo lejos desapareció la silueta del recluta.

II

Después de ocho años de ausencia regresaba Juan José á los patrios lares.

Según podía atestiguar su uniforme de teniente, la patria no le fue ingrata.

Es cierto que el recluta se portó como un héroe en la campaña. El solo ganó una trinchera. Los de su regimiento, en aquella acción memorable, le vieron trepar montaña arriba con un donuado que helaba la sangre en las venas.

Las balas cruzaban en todas direcciones... Cada bala era un certificado de muerte que iba á buscar su presa, pero la presa deslizábase como una serpiente por entre las matas, trepando con tanto coraje como cansancio... Se vió delante de la trinchera. Lo que allí ocurrió nadie, ni aun el mismo Juan José, podría explicarlo. La media decena de hombres que guardaban el parapeto arrojáronse sobre aquel único enemigo y él se defendió entre todos á culatazos. ¡No haría más Hércules!... Cuando terminó la terrible lucha el regimiento había llegado á la trinchera y el coronel delante de todos abrazó al héroe.

Al llegar delante de la cruz de piedra múltiples ideas poblaban la mente de Juan José.

Recordó su infancia, sus amores con Mari, la única mas bonita del pueblo. ¡Cuántas veces pensó en ella! ¿Se habría muerto?... ¿Le esperaría aun?... ¿Qué sentimiento le produciría volver á ver á su novia, á aquel toso Juan José, convertido por azares de la fortuna en un apuesto oficial de infantería? ¿Le habría creído olvidadizo ó le tendría acaso para siempre perdido?... Juan José al ver la cruz recordó con alegría la tarde en la cual el pelotón de reclutas cruzó por delante del símbolo redentor, la última entrevista con su novia, los juramentos que entre ambos hubieron de cruzarse...

¡Como pasa el tiempo!.. Ahora

que se encontraba cerca de Mari antojósele á Juan José que hacía pocas horas que se despidió de ella. Para hacer buenos sus juramentos, volvía al pueblo, realizaría el ideal de su vida, el que le alentaba en las horas de gran desaliento en su azarosa carrera.

Embargado el ánimo por las más risueñas ideas Juan José abandonó la cruz de piedra y á buen paso dirigióse hacia la aldea.

III

Al entrar en una de sus calles, Juan José sintió redoblar los latidos de su corazón.

¡Allí estaba la casita de persianas verdes en donde vivía Mari!

Las comedras que á las puertas de sus domicilios se encontraban cosiendo, miraron curiosamente al bizarro teniente, y más de una tembló de espanto creyendo que vendría á arrebatárselo su hijo.

Guardando el incógnito, para mejor sorprender á Mari, se acercó á la casita de persianas verdes.

Un rapaz como de cuatro años, descalzo de pie y pierna, y ostentando unos calzones rotos en aquella parte que en la infancia menos ha menester de ropa, hallábase sentado en el umbral del portalón, entretenido en jugar con los naipes de una baraja rota.

—¡Eh, muchacho! ¿le preguntas Juan José.—¿Está Mari en casa?

—¿Mari?—repitió el niño, mirando medrosamente á su interlocutor.

—Si, hombre, Mari.

El muchacho, á pesar de la afirmación, quedóse silencioso, mirando estúpidamente al oficial...

Juan José vista la torpeza del chiquillo, decidióse á penetrar en la casa de Mari. Pero no tuvo tiempo de realizar sus propósitos. En el portal apareció una mujer joven, gordiflora y mal perjeñada.

Con gran fijeza quedóse mirando al oficial.

Este permaneció un momento estupefacto, y rompiendo el silencio, preguntó á la mujer:

—Mari, ¿no me conoces?

—Sí, sí—tartamudeó con espanto la aludida:—tú eres Juan José.

—Y sin embargo, tú permaneces quieta. ¿No merezco siquiera un abrazo?—replicó con acento de reproche el militar.

—¿No puedo!...

—¿No?... ¿Por qué?...

—Por... este niño—y Mari señaló al rapaz que hundía su cabecita de blondos cabellos entre sus faldas.

—Este niño...

—Es mi hijo, Juan José... ¡Estoy casada!—balbuceó torpemente Mari.

—¿Así has cumplido tu juramento?...

—Es que yo... como no sabía nada de tí... te dimos por muerto en la guerra... y...

—¿Naturalmente!—objetó con amarga ironía Juan José,—buscaste un sustituto... ¡Ea, adiós, Mari! Sé muy feliz.

La voz del militar resonaba á lágrimas.

—¡Adiós!—gimoteó Mari.

.....

Al alejarse del pueblo y cruzar por delante de la cruz de piedra, Juan José repetía con sombría entonación:

¡Palabras de amor!... ¡Se las lleva el viento!

ALEJANDRO LARRUBIERA.

TIJERETAZOS

Dice un periódico:

«Según dice un periódico, parece demostrado que los incendios que se van registrando en la provincia de Cádiz no son camelos.»

¡Qué lo han de ser!

Eso se sabe de siempre.

Cada vez que arde una era ó un sembrado en la provincia de Cádiz hay que buscar al criminal.

Por si un espectáculo debe explotarse de tal manera ó de tal otra se han

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 239

Gaston la dejó en tierra, y ella se alejó ligera y vaporosa entre el bosquecillo de laureles, volvióse, saludó al joven con la punta de su velo, y se perdió rozando la cerca del jardín.

El capitán entonces se cubrió la cabeza con el capuz del alcazar, afianzó su pica, envolvió el caballo, y se lanzó á toda carrera en dirección al real de Santa Fé.

Entonces se abrió la puerta de la casa vecina á la de Muza, y salió el hombre del ropon negro velado el semblante con la toca amarilla, se detuvo un momento mirando al ginete que se alejaba, y murmuró:

—Sí, es el rey, reconozco su alcazar, su caballo y su pica. Por el Koram, Abou-Abdallah, que poco he de ser, ó he de pagarte á puñalada por beso.

Luego se acercó al sitio donde se habían despedido los dos jóvenes, cortó una hoja de laurel de la enramada que había rozado con su túnica Schamsullemal, y tornándose á la casa, salió poco después de ella montado en un asno, y seguido de un alferz y diez almeravides que conducían sus caballos de la brida.

Cerró la puerta por dentro, cabalgaron los ginetes, y siguiendo al hombre del asno, entraron en Granada por Bab-Atubín, cuando el sol se levantaba ya en los horizontes.

238 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

de Gaston, y le dijo sonriendo y suspirando á un tiempo:

—Amado mío, es preciso separarnos; conduceme á mi última cárcel.

—¿Y por qué no al real de mis reyes? repuso Gaston.

—Es preciso que se cumpla mi destino, contestó ella; conduceme.

Gaston, para quien eran leyes los deseos de Schamsullemal, colocóla sobre el arzón, cabalgó, condujola en una carrera á la casa de la Azubia, y detuvo su caballo en el bosque de laureles.

Entonces se entreabrió el tapiz que cubría una ventana de la pequeña casa situada junto al camino, y asomó la cabeza de Sidy Albamar, sombría y pálida por efecto de la velada, y clavó su vista en el grupo de los dos jóvenes.

Gaston estaba vuelto de espaldas; ella, á caballo aun, mostraba su hermoso semblante vuelto hacia Gaston y sonriéndole, mientras desprendía de su cuello el talisman que colocaba en el suyo. Luego puso sus manos sobre los hombros del joven y sostenida por él se deslizó hasta el suelo.

Gaston la sostuvo un momento entre sus brazos, inclinó su cabeza hasta el semblante que Schamsullemal le presentaba, y un doble y sonoro beso resonó entre los laureles.

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 235

—Nos guardan ó nos espían, dijo la joven. ¡Oh! añadió dándose un golpe en la frente. ¡Tengo un deseo! ¿porqué no salir de este retrete burlando su vigilancia? ¡mira, la noche está serena! ¡las auras soplan mansamente! ¡llevame, Gaston mío, sobre el lomo de tu caballo, reclinada entre tus brazos, al través de esos campos al rayo de esa luna! ¡me sofocan los perfumes de que siempre me han rodeado, pesan sobre mí las cúpulas, me ahogan los muros! ¡Llévame, Gaston mío, sobre tu corcel! ¡que respire yo tu aliento, con las brisas impregnadas de aromas de los campos!

—¡Oh! ¡si aconteciese una desventura! observó Gaston.

—No, no, mi talismán te protegerá, dijo Schamsullemal desprendiéndose del collar y poniéndole en el cuello de Gaston. ¡Oh! qué hermoso estás, amado mío; parecen luceros tus ojos, y una aureola de luz circunda tu frente. ¡Cuánto te amo!

Y en verdad que Gaston, ataviado con las galas del rey, rodeado su cuello por el talismán, cubiertos sus rubios cabellos por el bonete de púrpura, adolecente casi, con semblante de niño y mirada de valiente, hubiere inspirado amor á otra menos predispuesta á amarle que Schamsullemal.

Y además de esto, apenas el collar estuvo prendido á su cuello, Gaston sintió un estremecimiento pedo-